

tu Santo, es una bendición de tipo sacramental. A mediados del siglo III, con Cipriano de Cartago en Occidente y con la *Didaskalia* en Oriente, esta evolución adquiere un alto nivel de elaboración teológica y canónica.

El libro también aborda el problema de la exclusión de mujeres del sacerdocio. Dassmann opina que esta exclusión pudo estar motivada por la misoginia reinante en el mundo antiguo, ya que el argumento teológico, hoy en día dominante, de que el sacerdocio femenino no se sustenta porque el sacerdote actúa *in persona Christi*, está ausente de la teología patristica a la hora de justificar la exclusión de las mujeres del sacerdocio; los argumentos empleados por los Padres presuponen casi siempre una apreciación inferior de la mujer con respecto al varón, lo cual les puede restar credibilidad para la teología actual. Por tanto, Dassmann concluye que desde un punto de vista histórico —no dogmático— no se puede precisar si tal exclusión es debida a la voluntad de Cristo y/o a la acción del Espíritu en la Iglesia o, más bien, a los condicionamientos histórico-sociales de la Antigüedad tardía. Sólo desde un punto de vista dogmático —y no histórico— puede resolverse esta cuestión, y esto lo ha hecho Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ordinatio sacerdotalis* del 22.05.1994. Tal vez se podría reprochar a Dassmann que generaliza demasiado cuando afirma que la teología patristica es predominantemente negativa con respecto a la mujer, ya que algunos Padres de la Iglesia son más positivos que otros a la hora de valorar el papel de la mujer; además, le hubiera resultado útil la consulta del volumen de Manuel Guerra, *El laicado masculino y femenino en los primeros siglos de la Iglesia*, Pamplona 1987.

Este libro constituye, pues, una valiosa aportación tanto para el historiador del dogma como para el eclesiólogo que desee fun-

damentar en la teología patristica sus consideraciones sistemáticas. El nivel científico de esta colección de artículos no impide que también sea perfectamente comprensible para el público en general.

A. Viciano

DHUODA, *La educación cristiana de mi hijo*, traducción y estudio preliminar de Marcelo Merino, Ediciones Eunete, Pamplona 1995, 200 pp.

Con este libro comienza una colección de Ediciones Eunete titulada *Biblioteca de Escritos Medievales* que se propone ofrecer obras de autores medievales en su mayoría, hasta la fecha inéditas en castellano, con el deseo de hacerlas asequibles al hombre de hoy. Estas obras permitirán conocer y comprender mejor la vida cristiana, la doctrina, la espiritualidad, el arte y el pensamiento de la Edad Media.

El prof. Merino, del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, ha realizado un excelente trabajo de traducción, introducción y notas que permiten ubicar esta obra en su contexto histórico. Presenta los trazos históricos y culturales del siglo IX en la Francia de los hijos de Carlomagno, así como las figuras de Dhuoda y su esposo Bernardo, para concluir la introducción con un estudio sobre la autenticidad, contenido del manual, así como las ediciones que se han publicado y los parámetros de la presente edición.

Dhuoda se casó en el 824 con el duque de Septimania, Bernardo, uno de los consejeros de Ludovico Pío. Escribe este tratado a su hijo mayor Guillermo. La importancia de este pequeño libro no es únicamente literaria o pedagógica; contiene detalles históricos de no escasa valía. Dhuoda presenta el ideal de la vida cristiana para los laicos: en-

seña a su hijo la imagen del perfecto gentil-hombre cristiano, rico por las virtudes y el atractivo de su estado aristocrático, que busca la salvación eterna permaneciendo en el mundo, adornado por las cuatro virtudes cardinales y sostenido por las virtudes instrumentales de la discreción, la alegría y la generosidad.

El contenido del manual se puede dividir en tres partes. La primera expresa las relaciones del cristiano para con Dios; la segunda se refiere a las relaciones con el prójimo; por último, la tercera muestra el camino de la perfección personal, mediante la perfecta ordenación de los días. De esta forma, Dhuoda presenta, sin grandes especulaciones, en primer lugar, el misterio de Dios Uno y Trino, que es necesario creer; en segundo, las virtudes que se deben poner en práctica; y finalmente, enseña al hijo cómo hay que rezar.

Se completa con una interesante bibliografía y con un buen índice bíblico.

C. J. Alejos-Grau

Pablo DÍAZ BODEGAS, *La diócesis de Calahorra y La Calzada en el siglo XIII (La sede, sus obispos e instituciones)*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño 1995, 450 pp.

El autor de la presente monografía es presbítero de la diócesis calagurritana y actualmente profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario Conciliar. Así pues, las páginas que tenemos ante los ojos están compuestas por un hijo de esa nobilísima Alma Mater, que en la sazón del siglo XIII ya se identifica como diócesis de Calahorra y La Calzada. El estudio tiene el relieve que corresponde a una primicia con todas las de la ley: en efecto ningún historiador se había comprometido en una crónica digna de fiar, atendida a la documentación —existente en

Roma, por ejemplo, o en los archivos diocesanos—, con cuenta de pormenores y atención al examen de su relieve genuino. A decir verdad, tampoco este libro constituye una crónica —al menos, total y panorámica. Tamaño propósito —el de lograr una óptica totalizante de la XIII^a centuria riojana, lo cual vale tanto como componer un tapiz perfecto— sólo podría ser obra de madurez, que únicamente el tiempo y los trabajos previos a una síntesis veraz serán capaces de hacer fructificar. Ahora bien, entre esos trabajos previos y valiosos está el de Pablo Díaz Bodegas —Doctor por la Facultad de Historia de la Gregoriana, precisamente con este trabajo que ahora se reseña—, cuyo propósito se ha encaminado a «estudiar en profundidad la documentación conservada y extraer de ella los pormenores que ayuden a fijar, cuanto sea posible, el gobierno de sus obispos, la vida de la Sede a grandes rasgos, algunos hechos ya conocidos, pero no suficientemente estudiados, y ofrecer pistas para posteriores investigaciones, cuyo culmen sería una ulterior historia diocesana» (p. 22).

El interés por lo medieval es vivo, también hoy en día. Ahora bien, un historiador de raza necesitará siempre trabajar sobre la solidez fundamental del archivo, insustituible cuando se busca credibilidad auténtica. Es cosa bien sabida: sin archivo, sin crítica, sin constancia alguna —o sólo con tenues huellas— de los hechos, resultaría tal vez imposible formular la verdad inequívoca, extraer el esquema íntimo y magro de ese acontecer que está latiendo bajo el ropaje de la crónica y de la leyenda. Y a esa tarea meritoria y primordial se ha entregado el Dr. Díaz Bodegas. Los logros le han debido satisfacer sin duda. Y con razón. Material abundante, que se distribuye en cinco capítulos: el primero compone el escenario; el segundo plantea los elementos del drama, cual se contemplan ya en el atardecer del siglo XII y en los albores del XIII; los otros